

## Dimensión sacramental de la vida cotidiana de los hijos de Dios en su Iglesia: un aporte teológico

Ana María Sanguinetti  
Universidad Austral, Argentina

Intentaré mostrar la trama teológica de fondo sobre la que se tejen los textos del Beato Josemaría en un lenguaje pastoral.

Toda su predicación oral y escrita, dirigida a proclamar la llamada universal a la santidad, mueve a la consideración del escenario sobre el que ésta se despliega: la *vida ordinaria* de cada fiel cristiano. Despunta en ella su *dimensión sacramental*, la que parece aportar originalidad teológica.

### 1. INSERCIÓN DEL CRISTIANO EN EL MISTERIO DE COMUNIÓN ECLESIAL: PERSPECTIVA SACRAMENTAL

«Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios»<sup>1</sup>.

Para comprender el alcance divino de la *vida ordinaria del cristiano en el mundo*, a la que continuamente hace referencia el Beato Josemaría en su predicación oral y en sus escritos, es preciso captar en primer lugar el significado de la profunda realidad sobrenatural que se encarna en el bautizado por su pertenencia a la Iglesia, de la que emana toda su fuerza vital salvífica y santificadora, para sí mismo y para los demás.

Por su inserción en la Iglesia, el fiel cristiano es otro Cristo -*alter Christus, ipse Christus*- gracias al *misterio de comunión eclesial* que funde su entera existencia con la del mismo Cristo, en unión de caridad con Dios Padre, por el Espíritu Santo.

<sup>1</sup> *Conversaciones*, 116.

Su unión vital al Misterio de Cristo —Quien conlleva en sí a la humanidad entera desde el momento de la Encarnación— le vincula a su vez íntimamente a los demás miembros de su Cuerpo hecho Iglesia —su Cuerpo Místico<sup>2</sup>— según el designio salvífico de la Santísima Trinidad, conforme al dinámico desarrollo de la economía sacramental que proviene del Espíritu<sup>3</sup>.

En este sentido el Concilio Vaticano II se refiere a la Iglesia *quasi* definiéndola «como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»<sup>4</sup>.

Acorde con la perspectiva del Concilio el *Catecismo de la Iglesia Católica* se refiere, en *clave sacramental*, a la entera vida de Jesús y a su prolongación en la Iglesia:

«Cristo es el gran sacramento de Dios (CEC, 515). En esta perspectiva se ven también los acontecimientos particulares de su vida oculta y de su vida pública. Se los comprende con la liturgia de la Iglesia como misterios de salvación»<sup>5</sup>.

El concepto de sacramento incluye en sí el aún más amplio de misterio, que de por sí hace referencia a la unión de lo humano con lo divino; de lo que se oculta a la mirada a través de lo que se ve; de lo temporal con lo que tiene alcance eterno.

Por ello, en sentido teológico, el sacramento es aplicable en primer lugar a Cristo, único Mediador entre Dios y los hombres, en tanto que instrumento universal de salvación.

Por derivación, la realidad sacramental se extiende a todo aquello que reproduce, a su modo, los gestos, las palabras y el poder de Cristo, a manera de signo instrumental. Se refiere, por tanto, en sentido estricto, a los siete sacramentos instituidos por Él, bajo la acción vivificadora del Espíritu Santo; en segundo término, con amplitud de sentido, hace referencia a la prolongación que de ellos se deriva, en razón de sus efectos, en los distintos aspectos y momentos de la vida de aquel que los recibe.

Misterio es entonces la Iglesia, en tanto que instrumento visible y universal de Salvación, con todo lo que en ella se contiene: los siete sacramentos, a través de los que se celebra y actualiza litúrgicamente el Misterio de Cristo, y, en cierto modo, todo aquello que los prolonga, manteniendo siempre presente ese Misterio -Cristo Vivo-, esto es, *los fieles bautizados en comunión*, que con su propio ser y su existencia hacen o constituyen al *Cristo Total -Caput et membra-* que es la Iglesia.

<sup>2</sup> Cfr. Pío XII, Enc. *Mystici Corporis*, 29-VI-1943.

<sup>3</sup> CONCILIO VATICANO II, Cons. Dog. *Lumen gentium*, 7 (21-XI-1964): LG.

<sup>4</sup> LG, 1.

<sup>5</sup> J. RATZINGER - C. SCHÖNBORN, *Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid 1994, p. 82.

Hechos una sola cosa con Cristo, los cristianos, cualquiera sea su lugar y su función en la estructura orgánica que jurídicamente conforman, en tanto que familia de Dios, ellos mismos son Cristo, en comunión eclesial sacramental<sup>6</sup>.

Con lenguaje pastoral, no exento de profundo sentido teológico, el Beato Josemaría se asienta en esta realidad sobrenatural para fundamentar en ella la proclamación del mensaje al que por querer divino dedicó su vida entera desde la fundación del Opus Dei: la llamada universal a la santidad.

«Por encima de las deficiencias y limitaciones humanas, insisto, la Iglesia es eso: el signo y en cierto modo —no en el sentido estricto en el que se ha definido dogmáticamente la esencia de los siete sacramentos de la Nueva Alianza— el sacramento universal de la presencia de Dios en el mundo. Ser cristiano es haber sido regenerado por Dios y enviado a los hombres, para anunciarles la salvación»<sup>7</sup>.

Ser signo e instrumento de salvación es tomado aquí en su acepción más amplia, pero no por ello vaga e inconcreta. Por el contrario, tiene por sujeto a cada cristiano regenerado por las aguas bautismales, configurado por el Espíritu Santo en tanto que *otro Cristo*, para desempeñar su misma misión en el mundo, anunciar a todos la salvación.

En el contexto de la predicación del Beato Josemaría, ser cristiano es ser, en tanto que Iglesia, sacramento universal de la presencia de Dios en el mundo. Esto significa conllevar en sí a la Iglesia entera, y en ella a la humanidad toda, en tanto que signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de los hombres entre sí<sup>8</sup>.

A todos ha de llegar el mensaje de Cristo del que el cristiano es beneficiario y portador, no sólo por el conocimiento de la doctrina y por su proclamación, sino sobre todo por la «vida escondida con Cristo en Dios»<sup>9</sup> que lleva en sí el hijo de Dios, la que le capacita para proporcionar a los demás un contacto vital con Cristo por su sola presencia.

En tanto que «hijo de Dios *en el Hijo*»<sup>10</sup>, por la Iglesia, con ella y en ella, el cristiano se halla habilitado para hacerle *presente*, verdadera y eficazmente, *en el mundo*.

En su homilía *Amar al mundo apasionadamente*, pronunciada en el marco de una solemne celebración eucarística, el Beato Josemaría proclama su confesión de fe en la magnitud de esta realidad sobrenatural, la de la presencia viva de Cristo redentor en el mundo, hecha visible a los hombres a través del testimonio de la vida ordinaria de los hijos de Dios en su Iglesia:

«Fe, hijos míos, para confesar que, dentro de unos instantes, sobre este ara, va a renovarse '*la obra de nuestra Redención*' (Secreta del domingo IX después de Pentecostés). Fe, para saborear el Credo y experimentar, en torno a este altar y

<sup>6</sup> Cfr. LG, 7.

<sup>7</sup> *Es Cristo que pasa*, 131.

<sup>8</sup> Cfr. LG, 1.

<sup>9</sup> *Col 3*, 3.

<sup>10</sup> Cfr. F. OCÁRIZ, *Hijos de Dios en Cristo*, Pamplona 1972, p. 123.

en esta Asamblea, la presencia de Cristo, que nos hace ‘*cor unum et anima una*’ (Hech 4, 32), un solo corazón y una sola alma; y nos convierte en familia, en Iglesia, una, santa, católica, apostólica y romana, que para nosotros es tanto como universal»<sup>11</sup>.

«Fe, finalmente, hijas e hijos queridísimos, para demostrar al mundo que todo esto no son ceremonias y palabras, sino una realidad divina, al presentar a los hombres el testimonio de una vida ordinaria santificada, en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y de Santa María»<sup>12</sup>.

Es el Espíritu Santo quien da garantía de la presencia de Cristo en la Iglesia, no sólo en su predicación y en sus sacramentos, en la palabra y en el pan, sino también de su presencia en el mundo a través de sus hijos los hombres, es decir, de cada cristiano en su entera existencia, pues si no fuera por el Espíritu Santo nadie podría decir Señor, Jesús: «Nadie puede invocar a Jesús como Señor, si no es en el Espíritu Santo»<sup>13</sup>.

En esta misma línea Juan Pablo II resalta, en perspectiva sacramental comunal, la realidad de la Iglesia iluminada por el Concilio Vaticano II. En la Carta Apostólica *Novo millennio ineunte* subraya como elemento esencial de sacramentalidad, la comunión, esto es, la íntima fusión de cada cristiano con Cristo, y de los cristianos entre sí, que sólo puede provenir del amor, como don del Espíritu.

La comunión (*koinonia*) «encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (cfr. *Rom 5, 5*), para hacer de todos nosotros ‘un solo corazón y una sola alma’ (Hech 4, 32). Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como ‘sacramento’, o sea, ‘signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano’ (LG, 1)»<sup>14</sup>.

## 2. EL CRISTIANO, OTRO CRISTO: DIMENSIÓN TRINITARIA DE SU VOCACIÓN BAUTISMAL ECLESIAL

«Dios Padre, llegada la plenitud de los tiempos, envió al mundo a su Hijo Unigénito, para que restableciera la paz; para que, redimiendo al hombre del pecado, ‘*adoptionem filiorum reciperemus*’ (Gal 4, 5), fuéramos constituidos hijos de Dios, liberados del yugo del pecado, hechos capaces de participar en la intimidad divina de la Trinidad»<sup>15</sup>.

<sup>11</sup> *Conversaciones*, 123.

<sup>12</sup> *Ibidem*.

<sup>13</sup> *1 Cor 12, 3*.

<sup>14</sup> JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, (6-I-2001), n° 42: NMI.

<sup>15</sup> *Es Cristo que pasa*, 65.

El fundamento de la unión íntima de cada hombre con Dios y de los cristianos entre sí proviene del amor de Cristo, que por amor a los hombres —asumida en Sí la humanidad entera— se entrega al Padre, para entregarle en Sí todas las cosas. De Él procede nuestra filiación divina adoptiva, que hace que podamos llamar *Padre* a Dios, en el *Hijo*, por el *Espíritu Santo*.

Por eso hemos sido bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, iniciándose en nosotros un nuevo modo de vivir en la tierra, en movimiento ascendente<sup>16</sup> hacia la Trinidad Santísima:

«El amor que debe mediar entre los cristianos nace de Dios, que es Amor [...], pues por Cristo hemos sido convertidos en hijos de Dios: ‘ved qué amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y que lo seamos’ (1 Jn 3, 1)»<sup>17</sup>.

El Beato Josemaría resalta en este texto el amor del que hemos renacido, para fundamentar en él nuestra identidad cristiana. De ella se deriva el llamamiento a la santidad que a los bautizados se dirige, la que no puede sino concretarse en la entrega a los demás, en Cristo, por Él y en Él, en obediencia filial al querer del Padre, al ritmo amoroso del celo del Espíritu Santo.

Por ello recuerda cuál es la nota esencial que identifica al cristiano:

«La característica que distinguirá [...] a los cristianos auténticos de todos los tiempos, la hemos oído: ‘en esto -precisamente en esto- conocerán todos que sois mis discípulos, en que os tenéis amor unos a otros’ (Jn 13, 35)»<sup>18</sup>.

Esto sólo es posible a los hijos de Dios, en tanto que poseedores del Espíritu del Hijo recibido en el Bautismo, por el que se ama por encima de todo la Voluntad del Padre, aquella por la que se desea que todos los hombres se salven, lo que lleva a entregar la propia vida a cualquier precio, aunque las circunstancias sean difíciles, como las de Cristo en la Cruz:

«Y por ser hijos, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ‘*Abba, Padre*’ (Gal 4, 6)»<sup>19</sup>.

Es el Espíritu Santo quien desde el Bautismo modela al cristiano como hijo de Dios, resellándolo luego en su vocación al amor por la Confirmación. Su presencia en la Iglesia, es, por tanto, desde Pentecostés, presencia en los hijos del Padre, en el Hijo —*filii in Filio*<sup>20</sup>—. Son éstos quienes, en comunión, configurados con Cristo —en el Hijo— configuran la Iglesia por el precepto del amor:

«...de un modo misterioso que no acertamos a comprender, después de la Ascensión llegaría —en una nueva efusión del Amor divino— la tercera Persona de la Trinidad Beatísima: ‘os digo la verdad: conviene que yo me vaya. Si no me fuese, el Paráclito no vendría a vosotros. Si me voy, os lo enviaré’ (Jn 16, 7).

<sup>16</sup> Cfr. *Conversaciones*, 115.

<sup>17</sup> *Amigos de Dios*, 228.

<sup>18</sup> *Ibidem*, 224.

<sup>19</sup> *Es Cristo que pasa*, 13.

<sup>20</sup> Cfr. F. OCÁRIZ, *Hijos de Dios...* cit., p. 123.

Se ha ido y nos envía al Espíritu Santo, que rige y santifica nuestra alma. Al actuar el Paráclito en nosotros, confirma lo que Cristo nos anunciaba: que somos hijos de Dios; que no hemos recibido el espíritu de servidumbre para obrar todavía por temor, sino ‘el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos: *‘Abba, ¡Padre!’*.

¿Veis? Es la actuación trinitaria en nuestras almas. Todo cristiano tiene acceso a esa inhabitación de Dios en lo más íntimo de su ser»<sup>21</sup>.

La identidad del cristiano por su filiación divina viene a ser así vocación trinitaria: llamada a participar en la vida de las tres Personas divinas, y a tomar parte también en su proyecto de amor a dispensar en el mundo a través del espacio y el tiempo, esto es, a hacer suya su misión: la salvación de todos los hombres.

La fuerza sobrenatural que le permite responder, con libre voluntad de hijo, a vivir conforme a tal *llamada*, —la de ser hijo *en el Hijo*—, la recibe *en* la Iglesia, *de* la Iglesia y *por* la Iglesia. La recibe, y a la vez la difunde, según el dinamismo de la economía sacramental comunal que da vida a la Iglesia, a imagen y semejanza de la comunión trinitaria del Dios Uno, en su mutuo dar y recibir Amor.

En este sentido la Iglesia es como una penetración y una prolongación en el tiempo y en el espacio del misterio de comunión trinitaria, que se hace instrumento visible de una realidad invisible, para desplegar en el mundo el proyecto divino: restaurar la creación entera, unificando todo en Cristo y en la unidad trinitaria<sup>22</sup>.

Esta es la razón más profunda que explica la misteriosa unidad de los hijos de Dios en su Iglesia: la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo de la que en comunión todos participan<sup>23</sup>.

### 3. LOS SIETE SACRAMENTOS DE LA IGLESIA ENRAIZADOS EN EL MISTERIO PASCUAL EUCARÍSTICO

Por su participación en la unidad de la Trinidad los cristianos están unidos a Cristo y a los demás hombres en la Iglesia, nucleados por la perenne actualidad del Misterio Pascual Eucarístico.

Es por el Misterio Eucarístico, en efecto, que el Cristo Pascual, muerto y resucitado —que ha *pasado* de la muerte a la vida— se halla siempre vivo en su Iglesia. Por eso, con palabras del Beato Josemaría en su homilía *Cristo presente en los cristianos*, la alegría pascual «no se limita a esa época del tiempo litúrgico, sino que se asienta en todo momento en el corazón del cristiano. Porque Cristo

<sup>21</sup> *Es Cristo que pasa*, 118.

<sup>22</sup> Cfr. LG, 1 y 3.

<sup>23</sup> Cfr. *Jn* 17, 21-24.

vive: Cristo no es una figura que pasó, que existió en un tiempo y que se fue, dejándonos un recuerdo y un ejemplo maravillosos [...] Cristo vive en su Iglesia [...] y permanece en su Iglesia: en sus sacramentos, en su liturgia, en su predicación, en toda su actividad»<sup>24</sup>.

Si Cristo está presente en toda actividad de la Iglesia es porque en ella, y como desde su raíz, se despliega según ese modo único —sobrenatural místico, vale decir sacramental— de hacerse Cristo presente en su misterio. Se trata de la presencia sacramental del Sacrificio de su Cuerpo y de su Sangre, de su Misterio Pascual Eucarístico, del que mana toda su fuerza redentora, siempre actual.

La dimensión pascual de los sacramentos, rica en matices, es pieza clave en el lenguaje del Concilio Vaticano II relativo a la Liturgia de la Iglesia que mana como de su fuente del Sacrificio Eucarístico, y que desde ella se despliega<sup>25</sup>. De esto hace eco el *Catecismo de la Iglesia Católica* cuando explica:

«La Liturgia cristiana no sólo recuerda los acontecimientos que nos salvaron, sino que los actualiza, los hace presentes. El Misterio Pascual de Cristo se celebra, no se repite; son las celebraciones las que se repiten; en cada una de ellas tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que actualiza el único Misterio»<sup>26</sup>.

«La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua»<sup>27</sup>.

«La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, la actualización y la ofrenda sacramental de su único sacrificio, en la liturgia de la Iglesia, que es su Cuerpo»<sup>28</sup>.

Interesa resaltar que el Misterio Pascual es el Misterio mismo de Cristo, muerto y resucitado, en tanto que nos hace partícipes de su mismo Misterio —otros Cristos, hijos de Dios— fusionándose con nuestra misma vida, muerte y resurrección<sup>29</sup>.

Todo esto es posible gracias al Misterio Pascual de Cristo. Por él todo lo nuestro es suyo, y todo lo suyo es nuestro, en la Iglesia. Su muerte es la nuestra, como lo es su resurrección. De su Misterio Pascual —*nuestra Pascua*— mana el misterio de la Iglesia entera, de la que brotan en abundancia los sacramentos, como caudal de gracia que se derrama sobre la humanidad entera, haciéndose *Cristo presente en los cristianos*<sup>30</sup>.

<sup>24</sup> *Es Cristo que pasa*, 102.

<sup>25</sup> Cfr. CONCILIO VATICANO II, Cons. *Sacrosanctum Concilium*, (4-XII-1963) n° 10: SC y LG, 11.

<sup>26</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, Reimpresión 2000<sup>2</sup>, Conferencia Episcopal Argentina, Buenos Aires 2000, 1104: CEC.

<sup>27</sup> CEC, 1324.

<sup>28</sup> CEC, 1362.

<sup>29</sup> Cfr. CEC, 739.

<sup>30</sup> Cfr. LG, 3.



«*La Iglesia unida a Cristo, nace de un Corazón herido*’ (Himno de Vísperas de la fiesta del sagrado Corazón). De ese Corazón, abierto de par en par, se nos transmite la vida. ¿Cómo no recordar aquí, aunque sea de pasada, los sacramentos, a través de los cuales Dios obra en nosotros y nos hace partícipes de la fuerza redentora de Cristo? ¿Cómo no recordar con agradecimiento particular el santísimo sacramento de la Eucaristía, el santo Sacrificio del Calvario y su constante renovación incruenta en nuestra Misa?»<sup>31</sup>.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* se refiere por esto a los sacramentos como a las “obras maestras de Dios”, por la fuerza redentora de Cristo que a través de ellos se despliega:

«Los sacramentos, como ‘fuerzas que brotan’ del Cuerpo de Cristo (cfr. *Lc* 5,17; 6, 19; 8, 46) siempre vivo y vivificante, y como acciones del Espíritu Santo que actúa en su Cuerpo que es la Iglesia, son las ‘obras maestras de Dios’ en la nueva y eterna Alianza»<sup>32</sup>.

En la homilía *Amar al mundo apasionadamente* el Beato Josemaría traza de manera casi plástica ese andar de Cristo en el mundo por la vía de los sacramentos:

«¿Qué son los sacramentos —huellas de la Encarnación del Verbo, como afirmaron los antiguos— sino la más clara manifestación de este camino, que Dios ha elegido para santificarnos y llevarnos al Cielo? ¿No veis que cada sacramento es el amor de Dios, con toda su fuerza creadora y redentora, que se nos da sirviéndose de medios materiales? ¿Qué es esta Eucaristía —ya inminente— sino el Cuerpo y la Sangre adorables de nuestro Redentor, que se nos ofrece a través de la humilde materia de este mundo —vino y pan—, a través de ‘*los elementos de la naturaleza, cultivados por el hombre*’, como el último Concilio Ecuménico ha querido recordar?»<sup>33</sup>.

El Beato Josemaría da muestras de sintonizar con la visión renovadora del Concilio, en cuanto revitalizadora de la tradición viva de la Iglesia desde los albores mismos del cristianismo:

«El cristiano se sabe injertado en Cristo por el Bautismo; habilitado a luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a obrar en el mundo por la participación en la función real, profética y sacerdotal de Cristo; hecho una sola cosa con Cristo por la Eucaristía, sacramento de la unidad y del amor. Por eso, como Cristo, ha de vivir de cara a los demás hombres, mirando con amor a todos y a cada uno de los que le rodean, y a la humanidad entera»<sup>34</sup>.

De un modo más explícito, en la homilía titulada *La lucha interior* hace referencia a la *corriente redentora de la gracia de Cristo*, que fluye a través de los

<sup>31</sup> *Es Cristo que pasa*, 169.

<sup>32</sup> CEC, 1116.

<sup>33</sup> *Conversaciones*, 115.

<sup>34</sup> *Es Cristo que pasa*, 106.



siete sacramentos. Por ella la vida del hijo de Dios llega a ser verdaderamente cristiana, en tanto que habilitada para llegar a *ser* otro Cristo, y para *actuar* por Él, con Él y en Él:

«Quisiera que considerásemos ahora ese manantial de gracia divina de los sacramentos, maravillosa manifestación de la misericordia de Dios. Meditemos despacio la definición que recoge el Catecismo de San Pío V: ‘ciertas señales sensibles que causan la gracia, y al mismo tiempo la declaran, como poniéndola delante de los ojos’ (*Catechismus Romanus Concilii tridentini*, II, c. I, 3). Dios Nuestro Señor es infinito, su amor es inagotable, su clemencia y su piedad con nosotros no admiten límites. Y, aunque nos concede su gracia de muchos otros modos, ha instituido expresa y libremente —sólo El podía hacerlo— estos siete signos eficaces, para que de una manera estable, sencilla y asequible a todos, los hombres puedan hacerse partícipes de los méritos de la Redención.

Si se abandonan los sacramentos, desaparece la verdadera vida cristiana [...], corriente redentora de la gracia de Cristo»<sup>35</sup>.

De los textos citados puede inferirse la profunda realidad teológica contenida en los escritos del Beato Josemaría relativos a la presencia viva de Cristo en los cristianos, enraizada en el Sacrificio Eucarístico.

En la ya citada homilía *Cristo presente en los cristianos*, pronunciada el Domingo de Resurrección de 1967 dice:

«De modo especial Cristo sigue presente entre nosotros, en esa entrega diaria de la Sagrada Eucaristía. Por eso la Misa es centro y raíz de la vida cristiana»<sup>36</sup>.

En otra de sus homilías, pronunciada el Jueves Santo de 1960, recoge la misma idea de fuerza:

«La Santa Misa nos sitúa de ese modo ante los misterios primordiales de la fe, porque es la donación misma de la Trinidad a la Iglesia. Así se entiende que la Misa sea el centro y la raíz de la vida espiritual del cristiano. Es el fin de todos los sacramentos. En la Misa se encamina hacia su plenitud la vida de la gracia, que fue depositada en nosotros por el Bautismo, y que crece, fortalecida por la Confirmación»<sup>37</sup>.

Es significativo el hecho de que, dos años antes de la celebración del Concilio Ecuménico Vaticano II el Beato Josemaría se valiera de esta expresión, “*centro y raíz*”, para referirse al Sacrificio Eucarístico, equivalente a la de los textos conciliares: «fuente y cumbre de toda la vida cristiana»<sup>38</sup>.

La presencia viva de Cristo en su Iglesia mana en efecto de su Misterio Pascual Eucarístico, que fluye en sus hijos por el cauce misterioso de la liturgia sacramental.

<sup>35</sup> *Ibidem*, 78.

<sup>36</sup> *Ibidem*, 102.

<sup>37</sup> *Ibidem*, 87.

<sup>38</sup> LG, 10 y SC, 11.

Es en Pentecostés cuando comienza un tiempo nuevo respecto a la “dispensación del Misterio”, es decir, a la comunicación del don de Dios dado a los hombres. El don de Dios consiste en la comunicación de los frutos del Misterio Pascual de Cristo, a través de la liturgia sacramental de la Iglesia<sup>39</sup>.

Por ello explica el Catecismo:

«Los misterios de la vida de Cristo son los fundamentos de lo que en adelante, por los ministros de su Iglesia, Cristo dispensa en los sacramentos, porque ‘lo que era visible en nuestro Salvador ha pasado a sus misterios’ (S. León Magno, serm. 74, 2)»<sup>40</sup>.

Respecto a las expresiones equivalentes del Beato Josemaría y del Concilio Vaticano II a las que hemos aludido, hay en ellas un rico matiz que las distingue.

Ser *fuerza y cumbre* de toda la vida cristiana hace referencia, en los textos conciliares, al sentido tradicional en el que se ha comprendido siempre la expresión del Señor relativa a la instauración de su reinado, gracias al nacimiento de la Iglesia, fruto del alzarse de la Cruz de Cristo sobre la tierra, profetizado por El mismo: “*Et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*”<sup>41</sup>.

«La Iglesia o reino de Cristo, presente actualmente en su misterio, por el poder de Dios crece visiblemente en el mundo. Este comienzo y crecimiento están simbolizados en la sangre y en el agua que manaron del costado abierto de Cristo crucificado (cfr. *Jn* 19, 34) y están profetizados en las palabras de Cristo acerca de su muerte en la cruz: ‘Y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos a mí’ (*Jn* 12, 32)»<sup>42</sup>.

El Beato Josemaría, que desde el 7 de agosto de 1931 entiende esas palabras con una nueva luz, comprende a su vez, con novedad de perspectiva, la modalidad de despliegue de toda la obra redentora *en el mundo*, mediante el cumplimiento del mensaje fundacional del Opus Dei del que es fiel portador. Vale la pena transcribir aquí su propio testimonio:

«Llegó la hora de la consagración: en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme —acababa de hacer ‘in mente’ la ofrenda al Amor misericordioso—, vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: ‘*et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*’ (*Jn* 12, 32). Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo. Después viene el ‘*ne timeas!*’, soy Yo. Y comprendí que serían los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas»<sup>43</sup>.

<sup>39</sup> Cfr. CEC, 739.

<sup>40</sup> CEC, 1115.

<sup>41</sup> *Jn* 12, 32.

<sup>42</sup> LG, 3.

<sup>43</sup> *Apuntes íntimos*, n. 217, en ANDRÉS VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid 1997, p. 381.

El testimonio se completa con la explicación que él mismo da años después, en 1947, del modo como acogió en su alma esa locución divina:

«Aquel día de la transfiguración, celebrando la Santa Misa en el Patronato de enfermos, en un altar lateral, mientras alzaba la Hostia, hubo ‘otra voz’ sin ruido de palabras.

Una voz, como siempre, perfecta, clara: ‘*et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum!*’ (Jn 12, 32). Y el concepto preciso: no es en el sentido en que lo dice la Escritura; te lo digo en el sentido de que me pongáis en lo alto de todas las actividades humanas; que, en todos los lugares del mundo, haya cristianos, con una dedicación personal y libérrima, que sean otros Cristos»<sup>44</sup>.

Es clarificador el modo como explicita aún más tal interpretación en una meditación pronunciada en 1963:

«...lo entendí perfectamente. El Señor nos decía: si vosotros me ponéis en la entraña de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño..., entonces ‘*omnia traham ad meipsum!*’ ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!»<sup>45</sup>.

El sentido de *poner en lo alto* se precisa progresivamente, yendo desde lo exterior a lo interior, *de la cumbre a la entraña*: del *pináculo de toda actividad humana*, pasando por lo *alto* de todas las actividades humanas *en todos los lugares del mundo*, llega a la profundidad de *la entraña* de todas las actividades de la tierra, puntualizada en el *deber de cada momento*.

Desde este ángulo de visión puede inferirse el sentido de su expresión referida al Sacrificio Eucarístico como “*centro y raíz*” del obrar de los hijos de Dios en el mundo, en tanto que incluye y supera, en cierto modo, a la que es su equivalente en el magisterio conciliar, “*fuelle y cumbre*” de toda la vida y actividad de la Iglesia, por cuanto puntualiza y concreta cuál es su alcance en la realidad cotidiana.

«Cristo, Señor nuestro, fue crucificado y, desde la altura de la Cruz, redimió al mundo, restableciendo la paz entre Dios y los hombres. Jesucristo recuerda a todos: ‘*et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Jn 12, 32)’, si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, ‘*omnia traham ad meipsum*’, todo lo atraeré hacia mí. ¡Mi reino entre vosotros será una realidad!»<sup>46</sup>.

Hacer presente a Cristo *en el mundo* equivale a ponerle *en la cumbre de todas las actividades humanas*, en el sentido de mostrarle triunfante, vivo y resu-

<sup>44</sup> Carta, 29-XII-1947, en ANDRÉS VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador...cit.*, p. 380.

<sup>45</sup> Meditación, 27-X-1963, citada en P. RODRÍGUEZ, «*Omnia traham ad meipsum*». El sentido de Juan 12,32 en la experiencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer, «Romana», Estudios, p. 261.

<sup>46</sup> *Es Cristo que pasa*, 183.

citado, gracias a la Cruz por la que El mismo recuperó y retornó al Padre todas las cosas buenas de la tierra, la creación entera. Se entiende por *cumbre*, en este sentido, la *entraña misma* de todas las realidades temporales, lo que implica la santificación del *mundo desde dentro*, por obra del cristiano, otro Cristo, a través de su trabajo ordinario y de su vida cotidiana.

#### 4. DIMENSIÓN SACRAMENTAL DE LA VIDA COTIDIANA DE LOS HIJOS DE DIOS EN SU IGLESIA: FUERZA VITAL SANTIFICADORA DE LA VIDA FAMILIAR Y PROFESIONAL

De los sacramentos que brotan del Misterio Pascual Eucarístico en la Iglesia manan los hijos de Dios, hechos cada uno *otro Cristo*, en tanto que fundidos en su mismo Misterio. En este sentido son portadores también ellos, en Cristo, por Él y con Él, de toda la fuerza vital santificadora del Espíritu Santo para sí y para los demás.

«La efusión del Espíritu Santo, al cristificarnos, nos lleva a que nos reconozcamos hijos de Dios. El Paráclito, que es caridad, nos enseña a fundir con esa virtud toda nuestra vida; y '*consummati in unum*' (Jn 17, 23), hechos una sola cosa con Cristo, podemos ser entre los hombres lo que San Agustín afirma de la Eucaristía: '*signo de unidad, vínculo de Amor*' (S. Agustín, *In Ioannis Evangelium*, 26, 13 (PL 35, 1613))»<sup>47</sup>.

El Beato Josemaría aplica con audacia ese ser “signo de unidad y vínculo de Amor”, propio del sacramento eucarístico, a cada hijo de Dios *cristificado*. En este sentido puede decirse que su vida misma y su entera existencia, es, en cierto modo, como un sacramento.

Esto sólo es posible por la dimensión sacramental de su vida de hijos de Dios en la Iglesia, realidad que les hace ser en el mundo, allí en donde estén, signo y vínculo de unión entre Dios y los hombres, en relaciones de Amor que sólo pueden provenir del seno de la Trinidad Santísima.

La *luz* recibida por el Beato Josemaría aquel día 7 de agosto de 1931, en la que particularmente nos hemos detenido en el punto anterior, informa todo su mensaje: de múltiples maneras se repite en sus textos y en su predicación, como proyección de lo que vive, al impulso del Espíritu Santo, metiéndolo en el alma de quienes lo reciben y se contagian de su espíritu:

«*Instaurare omnia in Christo*’, da como lema San Pablo a los cristianos de Éfeso (cfr. *Ef* 1, 10); informar el mundo entero con el espíritu de Jesús, colocar a Cristo en la entraña de todas las cosas. '*Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*' (Jn 12, 32), cuando sea levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí. Cristo con su Encarnación, con su vida de trabajo en Nazareth, con

<sup>47</sup> *Ibidem*, 87.

su predicación y milagros por las tierras de Judea y Galilea, con su muerte en la Cruz, con su Resurrección, es el centro de la creación, Primogénito y Señor de toda criatura»<sup>48</sup>.

Si el cristiano es otro Cristo, vínculo de unidad y de amor, por la dimensión sacramental que cobra su vida, inserta en la Iglesia y en el mundo, lo es al modo de Cristo en todo su paso por la tierra, desde el momento de la Encarnación hasta su muerte y su resurrección, pasando por la vía ordinaria de su trabajo habitual y de su sencilla vida de familia en Nazareth, con María y con José.

El trabajo y la familia: son éstas las circunstancias ordinarias que permiten a los cristianos levantar a Cristo desde la entraña del mundo, al modo de Cristo, tal como se desprende de los textos del Beato Josemaría, que proclama de múltiples maneras la llamada universal a la santidad<sup>49</sup>.

Es tarea que compromete especialmente a los laicos, quienes conllevan la misma misión de Cristo desde su consagración bautismal, resellada por los demás sacramentos nucleados en la Eucaristía, de donde mana toda su fuerza santificante y santificadora. Esto no supone que no se hallen exentos de la necesidad de luchar para configurar en sí el Rostro de Cristo, con voluntad libre de hijos, para dejarle actuar en sí por la gracia del Espíritu, de modo que siempre y en todo se cumpla la voluntad del Padre, que quiere que todos los hombres se salven<sup>50</sup>. Para ello han de llegar a ser lo que Jesucristo pide en su oración sacerdotal de la Última Cena, con ocasión de la instauración sacramental del Sacrificio de su Cuerpo y de su Sangre: «Que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en tí, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado»<sup>51</sup>.

Este es el sentido de la expresión *Es Cristo que pasa*, que titula el primer volumen de homilías que recoge la predicación oral del Beato Josemaría a lo largo del año litúrgico.

Si cada cristiano es *Cristo que pasa*, con todo el sentido salvífico pascual que esta expresión encierra —paso de Cristo por la tierra, que culmina en el paso de la muerte a la vida—, su vida entera, única e insustituible en el entretenerse de su entera existencia, cobra valor divino, sean cuales fueren sus situaciones y circunstancias personales. Sólo así su vida ordinaria permite hacer presente a Cristo entre los hombres, mostrar su *Rostro*, para que todos puedan contemplarle<sup>52</sup> y ser atraídos hacia Sí por la poderosa fuerza de su amorosísima presencia:

<sup>48</sup> *Ibidem*, 105.

<sup>49</sup> Cfr. *Conversaciones*, 116.

<sup>50</sup> *1 Tim* 2, 4.

<sup>51</sup> *Jn* 17, 20-21.

<sup>52</sup> Cfr. NMI, 15 y 16.

«El cristiano, al hacer presente a Cristo entre los hombres, siendo él mismo *'ipse Christus'*, no trata sólo de vivir una actitud de amor, sino de dar a conocer el Amor de Dios, a través de ése su amor humano»<sup>53</sup>.

Esto sin olvidar cuál es el foco de energía que atrae hacia sí todas las cosas, Cristo mismo, que por 'la primacía de la gracia', respeta un principio esencial de la visión cristiana de la vida <sup>54</sup>:

«Lo más importante en la Iglesia no es ver cómo respondemos los hombres, sino ver lo que hace Dios. La Iglesia es eso: Cristo presente entre nosotros; Dios, que viene hacia la humanidad para salvarla, llamándonos con su revelación, santificándonos con su gracia, sosteniéndonos con su ayuda constante, en los pequeños y en los grandes combates de la vida diaria»<sup>55</sup>.

Por esto puede afirmarse, con palabras del Beato Josemaría, que para el cristiano

«... no hay nada que pueda ser ajeno al afán de Cristo. Hablando con profundidad teológica, es decir, si no nos limitamos a una clasificación funcional; hablando con rigor, no se puede decir que haya realidades —buenas, nobles, y aún indiferentes— que sean exclusivamente profanas, una vez que el Verbo de Dios ha fijado su morada entre los hijos de los hombres, ha tenido hambre y sed, ha trabajado con sus manos, ha conocido la amistad y la obediencia, ha experimentado el dolor y la muerte. Porque en Cristo 'plugo al Padre poner la plenitud de todo ser, y reconciliar por El todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra, por medio de la sangre que derramó en la Cruz' (*Col 1, 19-20*)»<sup>56</sup>.

De aquí proviene el *amor apasionado por el mundo* que vivía, proclamaba y contagiaba el Beato Josemaría, del que es testimonio la homilía *Amar al mundo apasionadamente*, pronunciada ante miles de personas, en un marco particularmente único, acorde con el mensaje del que el Beato Josemaría es portador:

«Reflexionad por un momento en el marco de nuestra Eucaristía, de nuestra Acción de Gracias: nos encontramos en un templo singular; podría decirse que la nave es el 'campus' universitario; el retablo, la Biblioteca de la Universidad; allá, la maquinaria que levanta nuevos edificios; y arriba, el cielo de Navarra...

¿No os confirma esta enumeración, de forma plástica e inolvidable, que es la vida ordinaria el verdadero 'lugar' de vuestra existencia cristiana? Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro

<sup>53</sup> *Es Cristo que pasa*, 115.

<sup>54</sup> Cfr. NMI, 38.

<sup>55</sup> *Es Cristo que pasa*, 131.

<sup>56</sup> *Ibidem*, 112.

cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres»<sup>57</sup>.

Esta descripción entronca con la enumeración que hace en el comentario a la XI Estación del *Vía Crucis*, n. 3, en conexión con el modo como Dios le había dado a entender la manera de llevar a cabo la santificación de la vida ordinaria especialmente dirigida a los laicos<sup>58</sup>. De ella cabe deducir, por su alcance divino, cuán grande es el 'alto grado' de la vida cristiana ordinaria»<sup>59</sup>:

«¡Qué hermosas esas cruces en la cumbre de los montes, en lo alto de los grandes monumentos, en el pináculo de las catedrales!... Pero la Cruz hay que insertarla también en las entrañas del mundo.

Jesús quiere ser levantado en alto, ahí: en el ruido de las fábricas y de los talleres, en el silencio de las bibliotecas, en el fragor de las calles, en la quietud de los campos, en la intimidad de las familias, en las asambleas, en los estadios... Allí donde un cristiano gaste su vida honradamente, debe poner con su amor la Cruz de Cristo, que atrae a Sí todas las cosas»<sup>60</sup>.

De aquí nace el amor al mundo como *lugar* propio del encuentro de cada uno con Dios, que mueve a buscarle, y a encontrarle, en la vida ordinaria:

«Un hombre sabedor de que el mundo —y no sólo el templo— es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo»<sup>61</sup>, e «intenta humildemente captar la voluntad de Dios en esos detalles pequeños y grandes de la vida»<sup>62</sup>.

En la homilía *Cristo presente en los cristianos* el Beato Josemaría subraya el fundamento de esta realidad sobrenatural de la que se halla plenamente convencido:

«Hemos de amar el mundo, el trabajo, las realidades humanas. Porque el mundo es bueno; fue el pecado de Adán el que rompió la divina armonía de lo creado, pero Dios Padre ha enviado a su Hijo unigénito para que restableciera esa paz. Para que nosotros, hechos hijos de adopción, pudiéramos liberar a la creación del desorden, reconciliar todas las cosas con Dios»<sup>63</sup>.

Esto hace referencia al misterio de comunión que es la Iglesia, al que el Concilio Vaticano II ha dado especial luz y Juan Pablo II recoge con particular fuerza en su Carta apostólica *Novo millennio ineunte*.

El misterio de comunión que aúna a los cristianos constituye de por sí una llamada a redescubrir la repercusión moral de la vida del hijo de Dios en su dimensión trinitaria, la que no puede menos de proyectarse, en unidad de vida, en relaciones profundas de amor con los demás hombres.

<sup>57</sup> *Conversaciones*, 113.

<sup>58</sup> Cfr. NMI, 46.

<sup>59</sup> Cfr. NMI, 31.

<sup>60</sup> *Vía Crucis*, III.

<sup>61</sup> *Conversaciones*, 116.

<sup>62</sup> *Ibidem*.

<sup>63</sup> *Es Cristo que pasa*, 112.



La comunión, dice Juan Pablo II en la *Novo millennio ineunte*, «encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da (cfr. *Rom* 5, 5), para hacer de todos nosotros ‘un solo corazón y una sola alma’ (*Hech* 4, 32). Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como ‘sacramento’, o sea, ‘signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano’ (LG, 1)»<sup>64</sup>.

Desde esta perspectiva, por el misterio de comunión, podemos hablar, en sentido analógico pero real, de la dimensión sacramental de la vida cotidiana de los hijos de Dios en su Iglesia, en cuanto que por las circunstancias ordinarias de su situación y trabajo en el mundo, y a través de las mismas, los cristianos hacen *presente a Cristo*, conscientes de que «ninguna persona humana es un verso suelto, sino que formamos todos parte de un mismo poema divino»<sup>65</sup> y de que «los tesoros divinos sean llevados en vasos de barro, en que los demos a conocer mezclando nuestras deficiencias humanas con su fuerza divina»<sup>66</sup>. Esto es así en tanto que cada cristiano es constituido él mismo, podría decirse, cual «signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano»<sup>67</sup>.

«Así, viviendo cristianamente entre nuestros iguales, de una manera ordinaria pero coherente con nuestra fe, seremos Cristo presente entre los hombres»<sup>68</sup>.

Siguiendo esta línea de reflexión cabe comprender el profundo alcance teológico de la llamada universal a la santidad a través de lo ordinario, que a nadie excluye, tal como es recibida y proclamada por el Beato Josemaría:

«No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca»<sup>69</sup>.

En expresión plástica, que sintetiza la idea, llega a decir metafóricamente:

«En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...»<sup>70</sup>.

La vida ordinaria llega a ser así realidad divina, por lo que en cierto sentido puede decirse que cobra dimensión sacramental. A través de lo humano se transforma en signo e instrumento eficaz de unión íntima con Dios al hacer presente a Cristo entre los hombres, a través de la pequeñez del deber de cada instante, en obediencia al Padre.

<sup>64</sup> NMI, 42.

<sup>65</sup> *Es Cristo que pasa*, 111.

<sup>66</sup> *Ibidem*, 113.

<sup>67</sup> LG, 1; cfr. NMI, 42.

<sup>68</sup> *Es Cristo que pasa*, 112.

<sup>69</sup> *Conversaciones*, 114.

<sup>70</sup> *Ibidem*, 116.

Esto es posible gracias al dinamismo del Espíritu Santo que, desde la fuerza que mana del Misterio Pascual Eucarístico, transforma en oblación divina, grata al Padre, toda esa ofrenda humana, hecha del trabajo y de la vida cotidiana de los hijos de Dios en su Iglesia<sup>71</sup>.

Santa María, la humilde doncella de Nazareth, hecha hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo, juega aquí un papel importante:

«Nuestra Señora nos enseña a tratar a Jesús, a reconocerle y a encontrarle en las diversas circunstancias del día y, de modo especial, en ese instante supremo —el tiempo se une con la eternidad— del Santo Sacrificio de la Misa: Jesús, con gesto de sacerdote eterno, atrae hacia sí todas las cosas, para colocarlas, ‘*divino afflante Spiritu*’, con el soplo del Espíritu Santo, en la presencia de Dios Padre»<sup>72</sup>.

La vida ordinaria se transforma así en una Misa que se proyecta a lo largo y a lo ancho de toda la jornada, en tanto que en el Hijo, por Él y con Él, en misterio de comunión y en unión con Santa María —imagen y figura de la Iglesia—, prolonga y hace presente a Cristo en la perenne actualidad de su único Sacrificio Redentor:

«Con Cristo en el alma, termina la Santa Misa: la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo nos acompaña durante toda la jornada, en nuestra tarea sencilla y normal de santificar todas las nobles actividades humanas»<sup>73</sup>.

<sup>71</sup> Cfr. *Ibidem*, 115.

<sup>72</sup> *Es Cristo que pasa*, 94.

<sup>73</sup> *Ibidem*, 91.